

IV

Los niños de Lacan

1. Presentación

Daniel Roy

Nos ocupamos aquí de niños que el lector puede encontrar al leer los escritos y seminarios de Lacan. Algunos de ellos son ya célebres, como el pequeño Hans, caso *príncipe* de Freud que concierne al psicoanálisis con niños. Su parloteo y réplicas en el diálogo que sostiene con su padre jalonan la enseñanza de Lacan. Cada vez que cambia de perspectiva sobre este objeto extraño y complejo que es la realidad psíquica, vemos en efecto a Lacan convocar al pequeño Hans para encarnar lo que está en juego en el debate que lleva consigo mismo y con los psicoanalistas partidarios de la *ego-psychology*.

En la obra de Lacan, el pequeño Hans ocupa la función del benjamín en los cuentos populares: es quien deshace las trampas, es el listo que siempre puede engañarnos, el torpe que triunfa cada vez que fracasa. En pocas palabras, es el sujeto en la estructura, un entrometido lógico cuya pista es el deseo. Juguete del deseo, porque no hay otra elección, salvo estar loco, el niño de Lacan demuestra los puntos de escollo de la estructura, encarnándolos:

- en lo simbólico, punto de escollo de la significación: eso no *quiere* decir nada;
- en lo imaginario, punto de escollo del cuerpo: es un ensamblaje heteróclito hecho con partes de aquí y de allí;
- punto de escollo del goce en lo real: el sujeto no es tomado en cuenta, todo le escapa, y sin embargo es su responsable.

Otros niños vienen a darle una mano a Hans bajo la pluma de Lacan. El pequeño Robert, de Rosine Lefort, y tantos otros que conoceremos, son

valiosos auxiliares para evitar que identifiquemos un niño al niño y evitar identificarse él mismo a un niño. En efecto, Lacan lucha para retirar a los psicoanalistas de la encrucijada en la que no dejan de caer, que consiste en forzar al niño a representar o bien el narcisismo y los tornasoles de las identificaciones imaginarias, o bien el libre juego de las pulsiones.

Les indica cómo es posible dejarse enseñar por los niños. Si se disponen a oírlos, ellos les dirán cómo fueron mordidos por palabras cuyo sentido no comprenden, pero cuyo goce escondido o demasiado expuesto no se les escapa. Les dirán cómo no evitan las dosis más sofisticadas de la lógica, la que distribuye el goce de los cuerpos y de las palabras, para la especie que no dispone de otra ley para regular la relación de un sexo con el otro. Freud lo llamó “las teorías sexuales infantiles”: estas no son la huella de ningún infantilismo sino de la creencia de que habría una teoría posible de la relación entre los sexos, creencia ensamblada al cuerpo de hombres y mujeres, niños o adultos. Es manifiesta la convicción de Lacan de que los niños tienen una relación más evidente con este escollo, altamente humanizante y presente de entrada, desde el origen, para cada hombrecito que llega al mundo.

Eso no se enseña, se explora.

Así que, en esta aventura, los niños de Lacan serán aquí nuestros guías, por intermedio de los psicoanalistas que han tenido a bien dejarse *desconcertar* (88) por ellos.

88- *Dé-router* equivoca el sentido de *dérouter* [*desconcertar, desviar*] con *router* [*dirigir, fijar la ruta*]. [N. de T.]

2. Los niños de los complejos familiares

Dominique Holvoet

LA FAMILIA, UNA INSTITUCIÓN DE SEMBLANTES

El año 1938 ve surgir uno de los primeros grandes escritos de Lacan, texto precursor de su enseñanza, que representa una síntesis sensacional de la teoría del desarrollo psíquico y de la clínica freudiana. Su título, *Los complejos familiares en la formación del individuo*, (89) dice bien su objeto, que no es la familia, sino ya la edificación del sujeto. ¿Cómo este puede mantenerse en pie, adentrarse en la vida? ¿Sobre qué toma sus apoyos en la infancia? ¿De qué orden son las crisis infantiles? A todas estas preguntas, que implican considerar al niño como un sujeto de pleno derecho, Lacan proporciona respuestas firmes del psicoanálisis, al mismo tiempo que plantea los jalones de lo que se anuncia de su enseñanza. En efecto, este texto, escrito menos de diez años después del *Malestar en la cultura* de Freud, es también un modo de inscribir al psicoanálisis en el horizonte de su época dándole un palmo lo suficientemente extenso para responder a los impasses del siglo que estaba por venir y en el cual nos encontramos ahora. Es preciso leer *Los complejos familiares* como la emergencia de un esfuerzo por liberar al psicoanálisis del Edipo y del imperio del padre.

Lacan, planteando a la familia como una institución, es decir, como una instancia simbólica, pone el acento sobre la relatividad de las estructuras matriarcales y patriarcales, dicho de otro modo, sobre su naturaleza de semblantes. Para demostrarlo, insiste de entrada en el predominio de los factores culturales sobre los factores naturales y explica hasta qué punto las tentativas de reducir la familia a un hecho biológico o a un elemento teórico de la sociedad se basan “en convergencias reales entre causas heterogéneas”, (90) desmontando punto por punto la ilusión de dichas apariencias. La crítica

se abre entonces desde la ilusión de lo biológico hasta los semblantes que ordenan lo simbólico.

La elección de Lacan en este texto es aquí esencial: la consumación del sujeto se funda en una división que excluye de entrada todo sentimiento oceánico, concepción unificante u horizonte armónico. El sujeto está dividido. Como lo mostró Jacques-Alain Miller, encontramos aquí “una distinción totalmente severa entre el yo y el sujeto”, (91) dicho de otro modo, la distancia que Lacan toma de entrada respecto a la *ego-psychology*. El yo debe concebirse como relativo al narcisismo. No hay narcisismo primario, es el Otro quien está primero, el narcisismo es siempre secundario. En este texto, el nombre de la división del sujeto es la castración como no superable. Y lo que divide al sujeto es el síntoma, que “representa en el sujeto un momento de su experiencia en el que él no sabe reconocerse, una forma de división de la personalidad”. (92) Lacan va a llegar a decir que el síntoma fragmenta la personalidad.

LA PROMESA QUE SE HACE AL NIÑO

El niño se mantiene entonces en pie por su sujeción al Otro, lo que en términos de 1938 se nombra como suplencia de una “insuficiencia vital mediante la regulación de una función social”. (93) Esta insuficiencia vital se revela en las carencias objetivas encontradas por el niño en cada crisis mayor, que se llaman destete, intrusión y Edipo. Cuando el apoyo tomado en el complejo precedente encuentra una carencia objetiva para poder superar la situación crítica, surge la necesidad de una nueva forma de objetivación – término que anticipa el concepto de simbolización–. El llamado desarrollo del niño se inscribe para Lacan en una lógica retroactiva de bucle. Si bien se trata de desarrollo, Lacan lo concibe entonces como ordenándose retroactivamente a partir del Edipo.

De estos tres complejos, podemos rápidamente observar que el primero proviene de la madre, el segundo tiene en cuenta a los hermanos y el tercero incumbe al padre, articulándose en su conjunto en el complejo de la familia conyugal que “crea los logros superiores del carácter, de la felicidad y de la creación”. (94) Si el primero no es más que el principio si no el concepto de goce, en todo caso de la pulsión de muerte, el segundo encontrará su formulación correcta en el esquema L donde el eje imaginario de la relación al semejante viene a interferir, a interponerse, a perturbar el eje de realización

simbólica del sujeto. En cuanto al complejo de Edipo, se debe a la familia paternalista, es decir, a una determinación social.

Los tres complejos se articulan entre ellos mediante esta lógica retroactiva para desembocar en la identificación paterna edípica, portadora de sublimación. El Edipo conduce a un “ideal de promesa” (95) a causa de la particularidad de la figura del padre, representante paradójico tanto de lo interdicto como de su transgresión. Al final del recorrido, el objeto pasa de su estatuto de medio de satisfacción al de “polo para las creaciones de la pasión”, (96) transfiguración cuyo operador es el padre. Pero si la figura paterna se encuentra tan exaltada en el texto, es para mostrar mejor sus límites.

UN DESARROLLO ANACRÓNICO

En su lectura crítica, J.-A. Miller detalló cómo, en este texto, el complejo, unidad funcional del psiquismo, responde a lo que sería de otro modo un “agujero sin fondo” (97) provocado por la prematuración específica del niño humano.

Destete: encantos y peligros de las seguridades familiares

Es sobre este desajuste inicial que Lacan funda el complejo del destete que, si bien representa la interrupción de la relación biológica del lactante, no es allí sino un destete en sentido restringido que da su expresión psíquica a “un destete más antiguo, más penoso y de una mayor amplitud vital: aquel que, en el nacimiento, separa al niño de la matriz, separación prematura de la que proviene un malestar que ningún cuidado maternal puede compensar”. (98) Encontramos allí la emergencia de la primera expresión física por la cual “una tensión vital se resuelve en intención mental”. (99) En cualquier caso, aquello con lo que se conecta el lazo con la madre es, agujero sin fondo, una tendencia a la muerte. El ser que absorbe queda completamente absorbido, dice Lacan, en un canibalismo fusional inefable que recuerda al deseo de la larva. Que se adhiera a las profundidades del psiquismo por una relación orgánica explica que su sublimación sea particularmente difícil. Así, numerosos síntomas que afectan la oralidad pueden leerse como suicidios pasivos donde “en su abandono a la muerte, el sujeto busca reencontrar la

imago de la madre”. (100)

Lacan hace incluso esta observación, que tiene todo su alcance en la clínica de la salida de la infancia, que el abandono de las seguridades familiares se juega como repetición del destete, y verifica, en este momento crucial de la partida del universo familiar, si el complejo fue lo suficientemente liquidado. A veces incluso esta partida es anticipada por el sujeto en una predicción de que “cualquier retorno, aunque sea parcial, a aquellas seguridades puede desencadenar en el psiquismo ruinas desproporcionadas respecto al beneficio práctico de tal retorno”. (101)

Intrusión: la agresión o el conocimiento

Entre el complejo de destete y el de Edipo, articulando ambos una relación a la falta de objeto (el pecho materno y la madre como prohibida), el complejo de intrusión narcisista aparece en la lectura de J.-A. Miller como un intruso –puesto que no está articulado de modo estricto a una falta de objeto, incluso si secundariamente Lacan destaca la agresión del semejante como viniendo a repetir el rechazo masoquista de todo objeto, frivolidad o desecho, en el que el sujeto se infligiría lo patético del destete– *Fort-Da*.

En efecto, Lacan retoma el estadio del espejo bajo la forma de los celos infantiles, subrayando que representan menos una rivalidad vital que una identificación mental. “Cada compañero confunde la patria del otro con la suya propia y se identifica con él” (102) sin que la participación de este otro sea particularmente requerida, y pudiendo el niño vivir la situación por sí solo, sumergido en un mundo narcisista que no contiene al semejante –es en esto que el sentido del mito de Narciso indica la muerte–. Será preciso introducir un tercer objeto para salir de la confusión afectiva, y es mediante este tercer objeto que instala una situación triangular que se llama al concepto ausente el gran Otro, articulado aquí respecto al Edipo como reorganizando retroactivamente los complejos que lo preceden. “De este modo el sujeto, atrapado en los celos por identificación, desemboca en una alternativa nueva en la que está en juego el destino de la realidad: o bien reencuentra el objeto materno y se aferra al rechazo de lo real y a la destrucción del otro; o bien, conducido hasta algún otro objeto, lo recibe bajo la forma característica del conocimiento humano, como objeto comunicable, ya que competencia implica al mismo tiempo rivalidad y acuerdo.” (103)

Edipo: el padre en la “luz del asombro” (104)

Pero hará falta la operación edípica para que el tercer objeto sustituya al objeto del doble narcisista del estadio del espejo, y más allá, sobre todo, permita mantener a distancia el objeto primordial del deseo para dejar lugar al objeto de la identificación ideal. El complejo de Edipo nos hace aquí “pasar del otro materno mortífero, del semejante como otro también mortífero, al otro sublimado”. (105) Este pasaje supone un salto del deseo hacia la identificación. La irrupción del deseo genital reactualiza el objeto primordial del deseo, a saber, la madre. El retorno de este objeto desencadena lo que aquí Lacan llama un fantasma de castración, es decir, reactiva los fantasmas de fragmentación y de dislocación. El cuerpo del maniquí heteróclito por el cual el hombrecito aplaza la angustia del desgarró vital no corresponde a ningún cuerpo real. “A la angustia despertada por este objeto [la madre], el sujeto responde reproduciendo el rechazo masoquista [es decir, el fantasma de castración] con el que ha superado su pérdida primordial”. (106) La madre aquí es entonces el desencadenante de la castración, teoría de la castración estrictamente imaginaria que no destaca sino más la función del padre como reparador en su función de sublimación. El salto del deseo a la identificación radica en que “el deseo genital reactualiza a la madre como objeto fundamental del deseo, [...] y [...] otro proceso además del de la elección de objeto es puesto en escena, a saber la identificación con lo que es el obstáculo para la realización del deseo, es decir, el padre”. (107) La originalidad de la identificación edípica radica en que no es “el momento del deseo lo que erige al objeto en su realidad nueva, sino el de la defensa narcisista del sujeto”; (108) es la angustia que hace surgir al padre no como objeto de deseo, sino como polo identificatorio.

UNA NUEVA LIBERTAD

Así, si bien el psicoanálisis reconoce en la estructura familiar un poder que supera toda racionalización educativa y que contribuye “en la formación de la mayoría de los grandes hombres”, (109) es no obstante sobre el enfriamiento del lazo familiar y el declive de la imago paterna que se cierra la parte teórica de este gran texto. Siempre me ha llamado la atención la posición ética extraordinaria que toma entonces Lacan, invitando a no afligirse por esta

evolución, sino más bien a buscar extraer sus consecuencias. Esta ética de las consecuencias es el pedestal de lo que hoy se llama la enseñanza de Lacan, y que la convierte en un viático para el siglo XXI. (110)

En cuanto al padre, Lacan lo hará entrar en un orden de subversión mucho más extenso al hablar de función paterna, luego del gran Otro, y luego elaborando las formas de discursos que organizan el mundo. ¿Pero es esto a pesar del padre o más allá del padre?, se interroga Éric Laurent en una conferencia sobre el fin del análisis con los niños. (111) El valor de lo imposible que está en juego en la función paterna hace que no pueda reducirse a la función de un “padre-herramienta”, responderá algunos años más tarde en un artículo destacable. Sostiene entonces que se trata de articular el caso por caso, la dimensión de uso que comporta el nombre, con la confrontación con lo imposible que supone la dimensión de la estructura. (112)

¿Y el deseo de la madre? ¿Cuál será su futuro? Como sostenía más arriba, Lacan hará de él un nombre del goce puesto que, a falta de que una versión de ese deseo pueda ser otorgada por la metáfora paterna, el enigma subyacente es sin duda el del goce femenino. Es por eso que J.-A. Miller concluye su lectura crítica indexando el objeto *a* como lo que nos lleva más allá del significante, cuando el significante *no puede sino* responder a la carencia objetiva producida por el declive de la figura del padre, “ausente, humillada, dividida o postiza”. (113) El objeto *a* es la invención de Lacan, la clave que nos entrega para resolver el enigma del malestar con el fin de que el niño del siglo XXI no “sofoque en él sus propias creaciones, esperadas por el mundo al que llega”, o que “en el objeto que le propone a su rebeldía” no desconozca “su propio movimiento”. (114) Pero además es preciso que no sea el niño quien sirva de objeto transicional a la madre, como expresa Lacan en su “Nota” a Jenny Aubry, (115) sino que pueda dar una versión del objeto *a*, es decir, que pueda dar una posición de goce. (116)

El destino de la familia es esclarecido de entrada, al comienzo de “Los complejos familiares”, cuando Lacan destaca que la reducción numérica de los miembros del grupo familiar a lo largo de los años se lleva a cabo no como una simplificación, sino más bien como una contracción de la institución familiar. La familia residuo, tal como hablará de ella en la mencionada “Nota”, es una estructura eminentemente compleja que, ya lo subrayaba en “Los complejos familiares”, contiene en ella una potencialidad nueva que constituye la libre elección de la alianza: es por eso que Lacan

habla de familia conyugal. Es porque esta libertad de la conyugalidad conlleva en sí misma su límite que el sujeto todavía hoy se aferra al matrimonio y a la filiación. Se ve hasta qué punto esta nueva libertad es un progreso al mismo tiempo que una dificultad, que supone que, sin abandonar [*lâcher*] la tradición, sería cobarde [*lâche*] ignorar las posiciones de goce en juego cuando el sujeto de pleno derecho que es un niño descubre el psicoanálisis.

89- Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo” (1938), en *Otros escritos*, ob. cit., pp. 33-96.

90- Ibíd., p. 34.

91- Miller, J.-A., “Lectura crítica a los ‘complejos familiares’ de Jacques Lacan”, *Dispar*, n° 6, Buenos Aires, Grama Ediciones, julio de 2006, p. 14.

92- Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo” (1938), ob. cit., p. 82.

93- Ibíd., p. 45.

94- Ibíd., p. 70.

95- Ibíd., p. 68.

96- Ibíd., p. 66.

97- Miller, J.-A., “Lectura crítica a los ‘complejos familiares’ de Jacques Lacan”, ob. cit., p. 31.

98- Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo” (1938), ob. cit., p. 44.

99- Ibíd., p. 41.

100- Ibíd., p. 45.

101- Ibíd., p. 46.

102- Ibíd., p. 48.

103- Ibíd., p. 54.

104- Ibíd., p. 66.

105- Miller, J.-A., “Lectura crítica a los ‘complejos familiares’ de Jacques Lacan”, ob. cit., p. 32.

106- Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo” (1938), ob. cit., p. 64.

- 107- Miller, J.-A., “Lectura crítica a los ‘complejos familiares’ de Jacques Lacan”, ob. cit., p. 32.
- 108- Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo” (1938), ob. cit., p. 65.
- 109- Ibíd., p. 71.
- 110- Miller, J.-A., contratapa de Lacan, J., *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.
- 111- Laurent, É., “Hay un fin de análisis para los niños”, *Uno por Uno*, n° 39, Buenos Aires, Eolia, 1994, pp. 24-42, en el marco del Seminario de la ECF.
- 112- Laurent, É., “El Nombre del Padre entre realismo y nominalismo”, *Blog-Note del síntoma*, Buenos Aires, Tres Haches, 2006, p. 28.
- 113- Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo” (1938), ob. cit., p. 72.
- 114- Ibíd.
- 115- Lacan, J., “Nota sobre el niño”, ob. cit., pp. 393-394.
- 116- Laurent, É., “El Nombre del Padre entre realismo y nominalismo”, ob. cit., pp. 8-35.

3. El niño del espejo

Nathalie Georges-Lambrichs

En medio de la realidad, ¿qué hay de más real que el prójimo?
JEAN-PAUL SARTRE (117)

UNA MATRIZ ARMÓNICA (1936-1949)

Lo cargó durante nueve meses y luego lo dio a luz. Hoy está muy ocupada, lo deja y lo va a buscar para darle los cuidados necesarios para su supervivencia, dada la dependencia absoluta que le confiere la inmadurez de nacimiento. Lacan está allí, birome en mano, sentado junto al espejo ante el cual ella ahora viene a sentarse, con el bebé sobre las rodillas, quien le sonríe y juega con su anillo, su cabello, sus manos, babeando y balbuceando. ¿Ve ella la imagen de Lacan en el espejo, y él la de la pareja que ella forma con el niño? No es eso lo que Lacan mira; permanece en un borde exterior del campo especular. La mirada de la madre, en cambio, ocupa la escena. ¿Se percata ella de eso en el espejo? ¿Se ve allí? ¿Se mira, se contempla, distraída o atenta? ¿Tranquila o “estresada”? ¿Triste o feliz? ¿Sonríe? ¿Ante su propia imagen? ¿Ante el niño que tiene sobre sus rodillas y que ignora esas imágenes?

Desde hace algunos meses, el niño, *infans*, pasa y vuelve a pasar delante del espejo en brazos de su madre, sin que su imagen exista para él; hasta que, por primera vez y engendrando una serie infinita, de pronto percibe algo allí, de pronto reconoce allí a su madre, aquella que le muestra su rostro desde los albores de su vida. ¡Pero está desdoblada! Esta madre que lo mira, aparece, tanto aquí, sosteniéndolo, como allí, señalándole con el dedo algo que se agita en sus brazos: “¡Mirá allí! ¡Sos vos! ¿Te ves? ¡Mirate!”, y lo nombra

por su nombre. El niño no sale de su asombro, se detiene ahí, decididamente, en el cruce entre lo visto y lo oído; “no saldrá de su asombro” sino en parte, esta parte específica que el psicoanalista encarna, como resto no especularizable.

Lacan escribe “El estadio del espejo como formador de la función del yo”. (118) Observa el especial júbilo que invade entonces el cuerpo del pequeño hombre, el único en padecer esta captación específica por su propia imagen, esta captura generadora de un mundo irreal, virtual, familiar en cierto sentido, inquietante en otro, instigador de una diplopía primera, de una duplicidad fundamental, de una gran ilusión de desconocimiento. Y, no obstante, estructurante, socializante, y que anticipa una presencia posible en el mundo.

ILUSIÓN, ALIENACIÓN Y CREENCIA

El niño ahora sabe que esa imagen es él. No sabe que se aliena a una imagen; no sabe qué es una imagen; viéndose, cree ser la imagen *porque* se reconoce allí donde su madre lo identificó, y eso le produce tal regocijo que se sume en la contemplación de ese ídolo, creyendo que él sabe, el animal, sin tener ni el menor conocimiento del mundo del cual fue desprendido para prenderse mejor al Yo [*Je*], ese yo [*je*] que desde entonces tendrá que probar el principio que imanta al yo [*moi*] y a su imagen.

El pasaje entre este antes y después se produce por intermedio del espejo que refleja, de la mirada ciega que agujerea o vela, y de la palabra que nombra y determina el momento lógico en el que se anudan las tres dimensiones de la experiencia específica que constituye la columna vertebral del famoso texto cuyo título se abrevia “El estadio del espejo”.

DIVISIÓN ENTRE LA IMAGEN Y EL CUERPO

El júbilo del niño pronto tropieza con el movimiento que desde entonces determina su búsqueda. ¿Cómo no perderse en la fascinación por su imagen? ¿Cómo escapar a la duda que se apodera de él tan pronto como se separa de ella, para preguntarle a aquella que lo carga si ese espejismo garantiza su existencia o si, más bien, no le hurta su insondable resorte? Entre el rechazo que le inspira este rival que aparece ante él, engalanado con sus colores ofensivos, y el amor que le causa el Ideal de autonomía que parece encarnar,

la distancia puede reducirse o aumentar, revelando su naturaleza de división, (119) y “liberando” un espacio singular, cuya textura de agujero, falla o abismo es interrogada por el psicoanálisis, así como su función de refugio, alojamiento o lugar.

En consecuencia, inspirado por la clínica de la angustia, Lacan recurre a otro dispositivo que toma de la óptica. La imagen del espejo plano que remite a Narciso no es físicamente la primera. Allí nos introducimos en un espacio anterior a ese “estadio”, *no espacio* casi siempre invisible que estructura la presencia de un cierto espejo esférico o cóncavo, (120) el cual tiene la propiedad de hacer surgir y percibir al ojo, en imágenes, la presencia de un objeto que habría quedado escondido si no lo hubiera encontrado, aquí y ahora, simplemente allí donde lo esperaba el dispositivo en cuestión. Esta primera sumersión en este lugar improbable donde se condensa una forma tan perceptible para el ojo como irreal, anticipa lo que Lacan aportará en *El seminario 11*, a saber, la división entre el ojo y la mirada. (121) La materia de esta imagen fantasmática y precaria, ¿no nos introduce a ese poco de realidad visual que el espejo plano va a consumir?

Así se demuestra que la garantía de la unidad de su cuerpo que la imagen da al niño, virtual y visual, es falsa. Mientras que se atribuye la capacidad imaginaria de verse viendo, olvida las cadenas significantes que vehiculizan, apresan y fijan más o menos firmemente no solo los atributos de su identidad, sino los significantes condensadores de su goce; no obstante, esas cadenas rechinan, crujen y tintinean, herederas del fantasma aprehendido y rápidamente perdido en la concavidad del ojo materno.

Esta imagen, que no es un objeto, tiene poderes que el psicoanálisis no puede ignorar: ¿no es esta la única disciplina que hoy no les saca provecho? Esta imagen tiene dos tipos de efectos: por un lado, irrealiza los objetos del mundo. Por medio de la imagen, la imaginación que hunde en ella sus raíces y los poderosos encantos de la ilusión, todo parece posible. La imagen alivia, hace olvidar al sujeto el peso de lo real. Por otro lado, esta virtud dudosa excluye los objetos del cuerpo propio, del cuerpo que se estremece, tiembla y goza, del cuerpo que está allí, bajo la envoltura de la imagen, viviendo su vida peligrosamente separada del pretendido propietario que se supone representa. El cuerpo se hace recordar mediante el real que lo fomentó. ¿No está en esencia infundado, fruto de una relación imposible?

¿Cómo tratar entonces a este cuerpo que “a cada rato levanta campamento”, (122) si la imagen que a tan alto costo lo contenía fracasa, no

obstante, ante lo que Leonardo Gorostiza llamó “la densidad de un vacío” o, más precisamente, su “solidez”? (123)

DESCOMPOSICIÓN ESTRUCTURAL DE LA IMAGEN

Su imagen capta tan poderosamente al *parlêtre* que le hace olvidar que solo su contorno, la línea que le da forma y aparente capacidad, la hace existir. Por otra parte, es esta primera marca la que falta a la imagen llamada real del dispositivo del espejo cóncavo, la cual no tiene borde y, de este modo, permanece fluctuante y temblorosa. Ahora bien, ese contorno es eminente y decisivo en la imagen que refleja el espejo plano. Es ese el que Magritte captó, representando la silueta negra de “lom” (124) descuartizado que agujerea la puerta o el espejo. (125)

A esta línea, a este cerco, a este dibujo, la escritura de *dessein* –en tiempos de Rabelais, dibujo [*dessin*] era *dessein*, así como síntoma era *sinthome*– le otorga todo su alcance. El dibujo del niño, el oscuro *dessein* que preside su destino, escribiendo a sus espaldas la clave de su existencia, es esta primera escritura, gracias a la cual la línea llega a emanciparse del contenido de la imagen. (126) De este modo, la imagen aparece como lo que es, materia de sueño, rebús en busca de un lector.

UNA MATRIZ NO ES UN NUDO

Un anudamiento tuvo lugar, otra escena se abrió, un mundo se perdió.

117- Sartre, J.-P., *El ser y la nada*, t. II, Buenos Aires, Ibero-Americana, 1954, p. 10.

118- Lacan, J., “El estadio del espejo como formador de la función del yo”, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI, 2009, pp. 99-105. Discurso expuesto en Zúrich en 1949.

119- Lacan, J., “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”, en *Escritos 2*, ob. cit., p. 640, donde se encuentra la expresión de una “división [*clivaje*] de lo simbólico y lo imaginario”.

120- Lacan, J., *El seminario, libro 10: La angustia*, ob. cit., especialmente p. 131. Esquema elaborado en 1958 en “Observación sobre el informe de Daniel Lagache”, ob. cit., p. 641.

121- Véase Lacan, J., “La esquizia del ojo y de la mirada”, en *El seminario, libro 11: Los*

cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, ob. cit.

122- Lacan, J., *El seminario, libro 23: El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006, p. 64.

123- Gorostiza, L., “La solidez de un vacío”, *Revista Lacaniana*, n° 10, Buenos Aires, Grama Ediciones, 2010. En la versión francesa publicada en *La Cause freudienne*, n° 75, París, julio de 2010, el título fue traducido como “La densité d’un vide”, es decir “La densidad de un vacío”. De allí que aquí se retome el significante *solidez* que figura en el texto original en español. [N. de T.]

124- Lacan, J., “Joyce el Síntoma”, en *Otros escritos*, ob. cit., p. 591: “LOM: en francés eso dice bien lo que eso quiere decir. Basta con escribirlo fonéticamente”.

125- Véase Magritte, *La respuesta imprevista*, 1933.

126- Véase Lacan, J., “De un designio”, en *Escritos 1*, ob. cit., p. 349. Allí Lacan habla de “contorno” y de “cernir” a propósito de “el efecto de verdad que se entrega en el inconsciente y en el síntoma”.

4. El niño del *Fort-Da*

Maryse Roy

La madre se va, el niño juega con un carretel enganchado a un hilo, lanza el carretel por sobre el reborde de su cama y acompaña ese gesto con el fonema “Ooo”, luego jala del cordel y hace reaparecer el carretel, “Aaa” acompaña su retorno. “Ooo-*Fort* – Aaa-*Da*” (“Lejos – aquí”), el juego del *Fort-Da* (127) pone en acto la aparición-desaparición del carretel.

“Intuición genial” (128) de Freud, tales son los términos de Jacques Lacan para calificar el descubrimiento de Freud, sorprendido por un juego de su nieto, quien “se detiene en la encrucijada de un juego de ocultación y de una escansión alternativa de dos fonemas, cuya conjugación en un niño le llama la atención”. (129) Dimensionamos el lugar que Lacan dará al niño del *Fort-Da* cuando anuncia: “Acentuaré lo que Freud no subraya y que está manifiestamente presente, sin embargo, en su obra; como siempre el examen de la obra de Freud permite completar la teorización”. (130)

ENTRADA EN LO SIMBÓLICO

Desde el primer *Seminario*, tenemos ante nosotros los avances de Lacan, quien nos invita a reconocer en este juego del niño “el momento en el que el deseo se humaniza” y también “en que el niño nace al lenguaje”. (131) En los primeros tiempos de su enseñanza, Lacan destaca con el niño del *Fort-Da* la dimensión del lenguaje, la función de la llamada, la institución de la demanda y del deseo.

“Ooo” y “Aaa”, estos dos fonemas pronunciados por el niño, que Freud tuvo la intuición de traducir por *Fort* y *Da*, bastan para que Lacan reconozca allí una primera manifestación del lenguaje. Con estos significantes que

recibe del Otro, el niño juega su partida. Poco importa la aproximación fonética, lo esencial reside en la oposición fonemática. El *Fort-Da* manifiesta el hecho de que un significante no va sin otro. El objeto está sujeto a la alternancia significativa, lo que cuenta no es el objeto en tanto tal sino el hecho de que sea capturado en la díada significativa que viene a inscribir el fenómeno de la presencia-ausencia sobre el plano simbólico.

“El objeto pasa, casi de modo natural, al plano del lenguaje. El símbolo emerge y se vuelve más importante que el objeto.” (132) El símbolo “anula la cosa existente” (133) y permite invertir las posiciones. Lacan llama nuestra atención sobre el hecho de que, cuando el niño dice *Fort*, el objeto está ahí y, cuando dice *Da*, el objeto está ausente. Cuando el objeto está ahí, el niño lo expulsa; cuando no está, lo llama.

En este juego de la presencia-ausencia, Lacan destaca la función de la llamada y pone el acento sobre el hecho de que la partida se juega con la madre, aquí instituida en su estatuto simbólico mediante la alternancia significativa, con la cual el niño juega el juego de la partida y del retorno de su madre.

LA MADRE NO RESPONDE: ¿QUÉ HACER?

Pero Lacan en este punto introduce una ficción: “¿Qué ocurre si [...] [la madre] ya no responde a la llamada del sujeto”, (134) si “responde a su arbitrio?”. (135) Ella entonces resiste al *automaton* de lo simbólico, “se convierte en una potencia”. (136) Primer tiempo: en la puesta en acto de la alternancia presencia-ausencia, la madre posee los objetos capaces de satisfacer al niño. Segundo tiempo: si ella ya no responde, aparece como una potencia capaz de dar o no el objeto. Por lo tanto, este no vale tanto por la satisfacción que proporcionaría sino en cuanto signo del don de la madre, signo de su amor, que ella vuelve don en su presencia. Es así como Lacan podrá decir que la madre da “lo que no tiene”, es decir, su amor. Fórmula que más tarde invertirá para decir que “amar es dar lo que no se tiene”. Podremos recordar el fundamento de este cuasi adagio: ¡una madre es una mujer que vive su vida!

Pero ahí hay también una potencia de rechazo en el niño, y Lacan puede insistir nuevamente en lo que ya ha detectado, a saber, el hecho de que el niño rehúse el objeto cuando está allí, porque, aunque eso parezca ir de suyo, todavía es preciso extraer sus consecuencias. Lacan hace valer que la llamada

no se sostiene de modo aislado sino que está articulada a su contrario, es decir, al rechazo: “Si la llamada es fundamental, fundadora en el orden simbólico, es en la medida en que lo reclamado puede ser rehusado”. (137) Así, antes de poder decir no, el niño aprende muy tempranamente la fuerza del rechazo que abre el mundo de la negatividad.

Es asombroso constatar cómo Lacan destaca que esta entrada en lo simbólico por vía materna conlleva un carácter fundamentalmente decepcionante y conduce al niño a desquitarse con el objeto, para escapar a lo que aparece como una ley de puro capricho: “Aplastalo que tiene de decepcionante el juego simbólico mediante la incautación oral del objeto real de satisfacción, en este caso el pecho”. (138) El niño que se adormece sobre el pecho de la madre ya no es como en Freud la imagen de una satisfacción realizada, sino que puede ser el signo más inquietante de una decepción que aún no puede decirse.

¿DESEAR?

Volvemos a encontrar al niño del *Fort-Da* en *El seminario 5*, cuando Lacan aborda la cuestión del deseo en su relación con la demanda. ¿Qué es lo que instituye la demanda? Tal es la pregunta que plantea. Partiendo de las coordenadas que ha desplegado, Lacan nos conduce a dar un paso más con el niño del *Fort-Da*, en la vía del deseo. Retoma lo que ya había destacado como fundamental, a saber, la llamada como principio de la presencia y a la vez término que permite rehusarla, y sitúa a la demanda en su lazo con la llamada. De modo impactante, articula con este niño el lugar del objeto y demuestra que la primera dialéctica no es la del objeto parcial que iría hacia la constitución de un objeto total, la madre. El objeto llamado ya no es más un objeto simple, sino que es, como anteriormente lo ha afirmado, un objeto-símbolo, un objeto que está en la dependencia de lo que Lacan nombra “deseo de la presencia”. El objeto “se convierte en lo que hace de él el deseo de la presencia”. (139) Si ningún objeto puede satisfacer la llamada de la presencia, es porque lo que hay es más precioso que cualquier bien, es decir, “el paréntesis simbólico de la presencia”, (140) el que puede proporcionar la suma de todos los objetos. Toda relación con un objeto de satisfacción no es satisfacción como tal sino en cuanto sustituto del deseo, de un deseo que se modela en el Otro materno. La vía del deseo es desde luego rica en potenciales, ¿pero está el niño del *Fort-Da* abocado a descifrar todas las

manifestaciones del deseo del Otro? ¿No hay allí un nuevo impasse? Lacan dará una respuesta por la vía que había subestimado en un comienzo, la vía del objeto, y volverá a ocuparse del uso singular que hace el nieto de Freud de su carretel.

LOS OBJETOS SE ENCUENTRAN DISPONIBLES, ¡A CONDICIÓN DE HABERLOS PERDIDO!

Así, algunos años más tarde, durante una clase de su seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Lacan interroga el *Fort-Da* a partir de lo que adelanta sobre el lugar y la función del objeto *a*. Seguirlo nos exige dar un salto, como el nieto de Freud, del cual nos dice que “la ausencia de la madre vino a crear [...] en el borde de su cuna, a saber, un foso, a cuyo alrededor solo tiene que ponerse a jugar al juego del salto”. (141) El juego del niño equivale así a un acto que incluye un franqueamiento: “Con su objeto salta el niño los linderos de su dominio”. (142)

Lacan subvierte la interpretación de Freud según la cual el carretel representa a la madre. Destaca que la atención del niño no se dirige hacia la puerta por la que su madre se fue, sino al “punto desde donde lo ha abandonado, en el punto, junto a él, que la madre ha dejado”. (143) La ausencia de la madre produce una hiancia que es causa de lo que retorna sobre el sujeto. En efecto, hay algo que se desprende, que cae, pero el carretel aquí ya no es la madre que se separa del niño. “Es como un trocito del sujeto que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo”. (144) La separación ocurre desde entonces entre el niño y algo que se desprende de él. Deberá recordarse esto cada vez que se sostiene el diagnóstico de angustia de separación y buscar con él el objeto, que es suyo, que sufre la separación, y que en esa ocasión la madre lleva con ella: su mirada sobre él, la voz, el objeto oral adherido a ella... En efecto, lo que cuenta no es tanto la ausencia de la madre como lo que esta revela, es decir, la propia falta del sujeto. El niño opera con eso, con ese trocito que se desprende de él, que el carretel representa. Allí donde la madre parte, el sujeto se divide. La repetición del juego no simboliza tanto la espera del retorno de la madre como su partida, mientras que es causa de la vacilación, la división. Lejos de considerar que con este juego el niño ejerce una función de dominio, Lacan destaca “la alienación [...] en el *Fort-Da*” (145) y subraya

que el sujeto no tiene elección. “El ejercicio con este objeto se refiere a una alienación y no a un presunto dominio, sea cual fuere, que mal podría aumentar una repetición indefinida, cuando la repetición indefinida de que se trata pone de manifiesto la vacilación radical del sujeto.” (146)

Esta alienación ya oculta en sí misma una potencia de separación, potencia que no depende del Otro, sino que toma apoyo en los menudos objetos de la pulsión, objetos *a* de los que el sujeto se puede volver su causa: con su mirada, saltar los linderos; con su voz, “empezar su cantilena”. ¡El niño del *Fort-Da* no carece de recursos!

127- Freud, S., “Más allá del principio de placer”, ob. cit., pp. 14-15.

128- Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos 1*, ob. cit., p. 306.

129- Lacan, J., “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2*, ob. cit., p. 568.

130- Lacan, J., *El seminario, libro 1: Los escritos técnicos de Freud*, ob. cit., pp. 256-257.

131- *Ibíd.*, p. 257.

132- *Ibíd.*, p. 264.

133- *Ibíd.*, p. 258.

134- Lacan, J., *El seminario, libro 4: La relación de objeto*, ob. cit., p. 70.

135- *Ibíd.*

136- *Ibíd.*

137- *Ibíd.*, p. 184.

138- *Ibíd.*, p. 185.

139- Lacan, J., *El seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente*, ob. cit., p. 338.

140- *Ibíd.*

141- Lacan, J., *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, ob. cit., p. 70.

142- *Ibíd.*

143- *Ibíd.*

144- *Ibíd.*

145- *Ibíd.*, p. 247.

146- *Ibíd.*

5. El niño de la demanda y del deseo

Yasmine Grasser

Viene del psicoanálisis con niños la tentación de los psicoanalistas de abandonar el fundamento de la palabra. Sin embargo, en psicoanálisis no hay “progreso madurativo” de la sexualidad de la infancia a la edad adulta que no pase por relaciones de palabras, no hay relaciones de dependencia de un niño con sus padres y con su entorno que no se exprese en términos de relaciones significantes. Freud lo había observado, él que descubrió los estadios libidinales del niño en el análisis de los adultos y que intervino sobre el síntoma del pequeño Hans hablando con sus padres. La perspectiva del psicoanálisis no es la observación del niño –la cuestión es siempre actual–, sino aprehender el fenómeno inconsciente, no solo como una estructura de palabras comandada por el significante, sino también como una estructura cuyo dinamismo sostiene al sujeto que se sirve del significante.

EL DINAMISMO DE LA ESTRUCTURA

¿Cuál es esta estructura que vincula en la experiencia de un análisis a alguien que habla con alguien que escucha? En el seminario *Las formaciones del inconsciente*, (147) Lacan expone sus elaboraciones sobre la cuestión, familiarizando a los psicoanalistas con un pequeño grafo del que se sirve como soporte del modo por el cual el sujeto inconsciente se manifiesta en aquel que habla. En nombre de la palabra y en referencia al Otro del lenguaje, este sujeto habla de un objeto, siempre perdido y siempre a encontrar, según Freud. Se trata entonces de un objeto metonímico, un objeto de deseo, según Lacan, quien ha demostrado que el sujeto solo en el Otro puede buscar la significación de lo que falta, y transforma ese deseo de la cosa a encontrar en

deseo del Otro.

Este sujeto, que Lacan recuerda como esencialmente dividido por su búsqueda, se aborda en el nivel de formaciones propias del inconsciente, cuyas leyes de composición Freud descubrió bajo las formas de la condensación y el desplazamiento. Estas leyes son las que Roman Jakobson aisló como funciones metafórica y metonímica del lenguaje. Lacan las situó en el registro del significante. Los significantes se articulan en cadenas que se desarrollan de acuerdo a dos vías: la de la metáfora, que sustituyendo un significante por otro significante crea sentido, significado; y la de la metonimia, que combinando los restos de la metáfora descompone el sentido, disuelve el objeto del cual se trata, como en el ejercicio de la asociación libre.

LO QUE VINCULA AL NIÑO CON LA MADRE

Primero, una risa...

El esquema elemental que Lacan construye tiene en cuenta estos dos estados del significante que se cruzan y se vuelven a cruzar hasta que surge un sentido, autenticado, sancionado por el Otro como mensaje del sujeto, aceptado o rechazado. Una vez que esto funciona, el esquema se transforma. Lacan enseña a los analistas a identificar allí los lugares donde el significante se manifiesta como significación del sujeto. (148) Las primeras risas del niño, sus primeros juegos con las palabras, sus primeras demandas, movilizan el esfuerzo del sujeto hasta ser oído por su madre y hasta que lo que manifiesta en el registro del lenguaje se constituya en llamada y sea ratificado como demanda por la madre. Percibe en esta experiencia que lo que vincula al niño con su madre es el uso que uno y otro hacen del significante. Lacan, refiriéndose a los trabajos de Spitz, observa que el lactante, más que ante la visión del pecho materno, ríe ante la presencia simbólica de la madre proveedora de todos los bienes, esos objetos parciales que fascinaron a los psicólogos y cuya función de satisfacción es la de sustituir el deseo en el niño que se queda dormido. (149) También que, antes de que hable, el niño que ríe comunica con un más allá de la presencia simbolizada, en tanto que esta es capaz de satisfacer su deseo. En efecto, más allá de toda demanda, la risa que responde a los juegos del lenguaje de la madre es el deseo que está vinculado al significante de su presencia.

... luego, una máscara

Como contraria a la risa, Lacan sitúa la identificación: allí, dice, “se acabó la risa. Está uno serio como un papa o como un papá”. (150) El deseo se modela sobre quien tiene el poder de satisfacerlo, pero que por el momento resiste bajo su cara larga, “una cara de palo”. (151) El sujeto ríe cuando su demanda es aceptada por el Otro, cuando el Otro se hace reconocer con su deseo de satisfacerla. La cara de palo significa que la demanda del sujeto fue rechazada, que no encontró sino la máscara del otro, su imagen, mientras que esta demanda se transforma en identificación a un rasgo del Otro, y espera en el peor de los casos su prohibición. La demanda rechazada habrá cedido su lugar al superyó. En cuanto al deseo, habrá que descifrarlo más allá de la máscara.

¿Y POR QUÉ NO LA LUNA?

¿Qué es la necesidad? ¿Qué es una demanda? ¿Qué es el deseo? Lacan observa que no hay estado original ni estado de pura necesidad que no esté de entrada fundado en el plano del deseo, en el nivel en que el deseo tiene relación con el significante. (152) Aunque la necesidad del sujeto no carezca de relación con un objeto, el objeto es ante todo un significante que se demanda y condiciona el deseo. Lacan adelantó al comienzo de su *Seminario 5* que “el significante está destinado a servir para algo –está hecho para expresar una demanda–”. (153) La demanda expresa una necesidad dirigida al Otro por intermedio del significante. El Otro hace existir la demanda del sujeto rehusándola. Pero, en el pasaje, habrá reconocido la necesidad del sujeto, lo que constituye una satisfacción esencial para el sujeto. La satisfacción se encuentra vinculada al significante por intermedio de la demanda. A partir del sistema de necesidades, por intermedio del significante, el niño puede llegar hasta pedir la luna y, como respuesta, ¡sus padres se la prometerán!

En la experiencia del sueño, la satisfacción vinculada al significante es más compleja. La pequeña Anna, hija de Freud, a la edad de diecinueve años, sueña con aquello de lo que se había defendido durante el día. El exceso que atrajo lo prohibido se vuelve a encontrar a nivel del sueño en la enumeración: “Anna Feud, fesas, fesas silvestres, evos, papía”. (154) Estos objetos

demandados en voz alta no corresponden a una necesidad, sino más bien a “un festín”. El deseo manifestado más allá de toda demanda encuentra una satisfacción alucinatoria en la dimensión significativa que implica al Otro como lugar, y ya no como dirección. La satisfacción del deseo se realiza entonces en el nivel del Otro convertida en cadena significativa, y finaliza en un más allá del sentido que testimonia de la relación fundamental a la falta de objeto. (155) Lacan definía el deseo como “una separación esencial” (156) con respecto a lo que de la necesidad es introducido por la demanda en el orden simbólico, donde solo trae perturbaciones. (157)

¡ENTONCES FI!

El lugar concedido al deseo en el seminario *Las formaciones del inconsciente* se sostiene por el significativo del falo. Este lugar siempre se encuentra más allá de la demanda, (158) que apunta a la satisfacción de una necesidad, y está más acá de la demanda (159) cuando esta se vuelve demanda de amor, que apunta a obtener del Otro lo que él no tiene más allá de toda satisfacción posible. El deseo toma su lugar entre la llamada a la satisfacción respecto a una necesidad y la demanda de amor estructurada en términos de significativo, entre el plano del significado y el plano del significativo. El deseo se articula en este intervalo, más allá de toda respuesta, reclamando una respuesta absoluta, donde su carácter de condición absoluta se desprende y se proyecta sobre todo lo que alumbra.

El Otro, en cuanto lugar de la palabra, releva del deseo del sujeto, pero este Otro tiene un deseo propio. En efecto, el sujeto no puede sino aproximarse a ese deseo para intentar saber si se trata o no del objeto. La relación del niño con el deseo de la madre conlleva en este punto la sustitución del significativo falo, el cual toma valor del significativo del deseo tanto para uno como para otro. Los sujetos neuróticos abordan este campo de modo diferente, según si el acento está puesto sobre el deseo –caso de la histérica– o sobre la dependencia respecto a la demanda –caso del obsesivo–. Pero lo que cuenta en la experiencia analítica, más que la manera en la que el sujeto articuló sus demandas al Otro en la infancia, es el momento en el que se planteó para él el problema de su relación al Otro a través de una demanda oral, anal o fálica, con las consecuencias determinantes para la puesta en marcha de su deseo. (160)

LO MÁS PRECIADO: ¿SER O TENER?

Lacan introdujo en su grafo ambos horizontes de la demanda: uno es la demanda articulada de la satisfacción de una necesidad, que hace corresponder a la línea de la sugestión; el otro es la demanda incondicional de amor, que hace corresponder a la línea de la transferencia. La transferencia es para Freud una sugestión, tesis a la que Lacan no se opone, pero añadiendo que la transferencia es “articulación segunda de lo que, en la sugestión, se impone [...] al sujeto”. (161) En cualquier caso, la distancia a mantener entre ambas perspectivas incumbe al analista, dicho de otro modo, solo a su deseo, quien esconde como Sócrates el *agalma* precioso del cual el analizante quiere apoderarse, a semejanza de Alcibíades. (162) “De lo que se trata en el deseo es de un objeto, no de un sujeto”. (163) El deseo del analista es objeto de estudio en el seminario *La transferencia*. Lacan utiliza su grafo y su elaboración en lo que concierne a la distinción entre el deseo y la demanda para situar la paradoja del complejo de castración en la experiencia analítica. Se trata de la discordancia entre el objeto de la demanda y el lugar del deseo en el Otro, a situar en el plano del lenguaje. El mecanismo significante empuja al sujeto a guardar su deseo en el bolsillo, porque la experiencia revela que hay algo máspreciado: el falo. Lo cual implica, en el niño, tener que observar que su órgano, o su falta de órgano, debe ser transformado en significante para que el sujeto acceda a la realidad del sexo. El pequeño Hans no dice otra cosa: ¿Su órgano echó raíces? ¿Es extraíble? A la larga, es desmontable y podemos colocar otros. Gracias a lo cual, dice Lacan, ya no es más que el signo de una ausencia. *Phi*, el falo como significante, suple en el Otro al punto en el que desaparece la significancia. En ese sentido, es equivalente al sujeto del inconsciente. (164)

Lacan no deja de reelaborar los impasses y las riquezas del kleinismo, buscando en las formulaciones de Melanie Klein sus causas y abriendo una nueva perspectiva para el niño freudiano, aquel del *Fort-Da* cuyo juego simbólico simboliza la ausencia de la madre: volverse lacaniano encarnando con su madre las figuras del drama del deseo.

147- Lacan, J., *El seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente*, ob. cit.

148- *Ibíd.*, p. 502.

- 149- Ibíd., p. 339.
- 150- Ibíd., p. 340.
- 151- Ibíd., cap. XVIII, “Las máscaras del síntoma”, pp. 327-342.
- 152- Ibíd., p. 226.
- 153- Ibíd., p. 90.
- 154- Freud, S., “La interpretación de los sueños”, ob. cit., p. 627.
- 155- Lacan, J., *El seminario, libro 5: Las formaciones del inconsciente*, ob. cit., cap. XII, “De la imagen al significante en el placer y en la realidad”, pp. 221-240.
- 156- Ibíd., p. 96.
- 157- Ibíd.
- 158- Ibíd., p. 414.
- 159- Ibíd.
- 160- Ibíd., p. 423.
- 161- Ibíd., p. 435.
- 162- Lacan, J., *El seminario, libro 8: La transferencia*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 197.
- 163- Ibíd., p. 198.
- 164- Ibíd., p. 264.